

EL VENDEDOR DE MARIPOSAS

—Muchas gracias.

La señora recogió la tarjeta de visita. La miró. La puso sobre la mesita de caoba del recibidor y añadió, con una sonrisa tímida, sin mirar al señor: “Cuando llegue mi marido hablaré con él”.

Federico Oromí saludó cortésmente y salió de la casa, con pasos cortos y decididos. Era bajo y delgado e iba correctamente vestido: traje gris con chaleco del mismo color, camisa blanca, corbata oscura y zapatos negros. Llevaba una maleta que, comparada con él, parecía grande, pero no lo era.

La señora se quedó maravillada, pero no le convencieron ni los bellos colores de las mariposas ni los secos argumentos de Federico. Le dio mil excusas y razones y Federico hizo entrar, en muy poco tiempo, a las mariposas en la maleta. Le entregó su tarjeta, por si cambiaba de opinión, y se alejó con pasos cortos y decididos.

Pasaron los días y Federico siguió recorriendo las calles del pueblo, que se habían llenado de mariposas. A los niños les divertía ver el cielo lleno de colores, pero la gente mayor empezó a quejarse. Los profesores decían que los jóvenes se pasaban el día mirando a los insectos y no estudiaban. Los fabricantes de miel decían que las mariposas no dejaban néctar para las abejas. Otros se quejaban de que las mariposas entraban en las casas por las ventanas, que tenían que estar abiertas por el calor, o que ensuciaban la ropa tendida, recién lavada.

Una vez en la calle Federico miró su agenda. Levantó la cabeza al ver los números de la calle, se acercó a una verja de hierro que daba a un patio pequeño y tocó el timbre.

Había llegado al pueblo hacía dos días y en este tiempo había visitado ya, por lo menos, medio centenar de casas con la intención de vender mariposas.

Una señora de edad le abrió la verja de hierro y él, cuando ya estaba en el patio, abrió la maleta y salieron centenares de mariposas de vistosos colores. Volaban en silencio, moviendo sus frágiles alas y se posaban suavemente sobre las flores para succionar su néctar. Eran tantas que, con su peso, las flores se movían como si soplara el viento.

Las protestas contra las mariposas aumentaron y por fin, una tarde, un grupo de vecinos decidió hablar con Federico Oromí. Tenía que dejar el pueblo. Se presentaron en la pensión y llamaron a la puerta de su cuarto. Como nadie abrió fueron a buscar al dueño y este les abrió la puerta. Toda la habitación estaba llena de mariposas que salieron volando por encima de las cabezas de los admirados vecinos. Sobre la cama, dentro del traje gris del señor Oromí, vieron una enorme cápsula de seda que se movía. Las paredes de la cápsula empezaron a moverse y salió, por debajo de la camisa blanca, una gigantesca mariposa que, al desplegar las alas, casi no cabía en la pequeña habitación. Salió con dificultad por la puerta y, en la calle, echó a volar. Los hombres vieron admirados cómo la enorme mariposa, de vivos colores, volaba por encima de los tejados y se alejaba seguida de miles de minúsculos y frágiles insectos que tapaban el sol.

Joaquín Masoliver
Historias breves para leer
SGEL

